



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE ABRIL DE 2026

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El fracaso de mi venida

VERSOS ENCADENADOS O
PROSA POÉTICA
OLGA DE LEÓN G.

A veces, mientras escribo dormida, o cuando sueño sin estar soñando, sola con los ojos cerrados y la imaginación volando, la poesía me sorprende dictándome algunas líneas llenas de ritmo y rima, que no sé de dónde vienen o de dónde salieron. Es como si las yemas de mis dedos supieran lo que el cerebro quiere que escriba, y lo escriben sin que yo los mueva... se mueven solos.

Y va saliendo el poema o el primer verso, y luego sigue el segundo, y el tercero; y para entonces, mientras yo duermo, el poema se va forjando.

Así, puedo escribir por horas y horas, sin que el cansancio ni el tedio dominen el escenario. Nunca sé cómo empezó. Por eso suelo hacer mía esa famosa frase de: "Yo solo sé que no sé nada". A veces pienso que en mi inconsciente yace la verdad de toda mi vida. Mas, me pregunto, ¿cómo puedo hurgar en el inconsciente sin que se dé cuenta mi conciencia de qué es lo que busco?

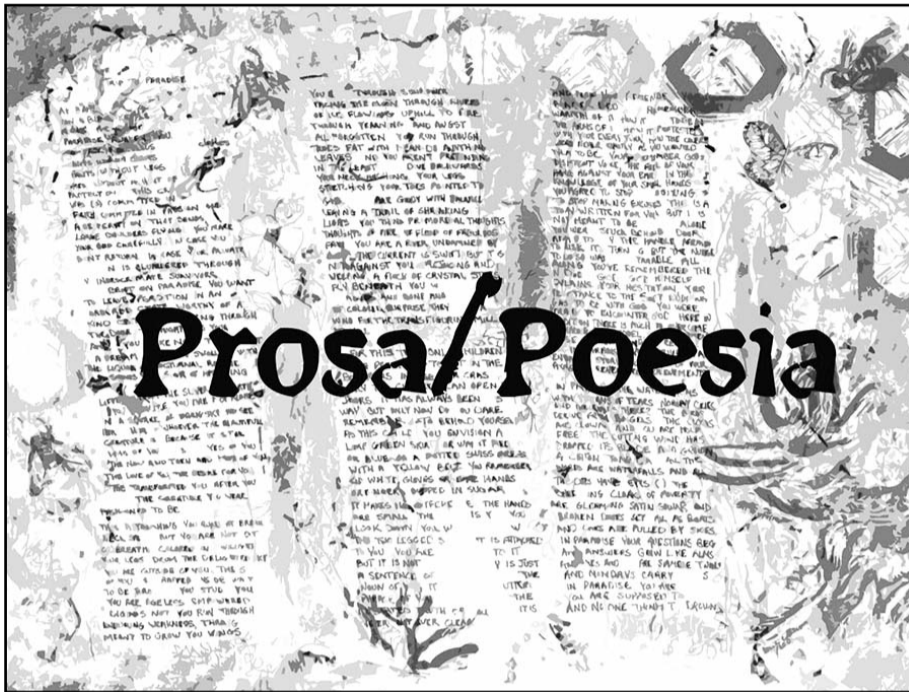
Déjame que te cuente un cuento, este que va surgiendo solo y que no se quedará en simple verso, porque volará con el viento, con el primer atisbo de un soplo invisible que me mandó el cielo, o las nubes traviesas que a ratos amenazan con caer encima de mi cabello y despeinarlo por completo.

Si las palabras fueran aladas, volarían por el mundo y mi poesía sería conocida. El vuelo del Ave fénix nunca fue tan cierto como el sentido de las ideas cuando se vuelven palabras... Y estas, sonido, ritmo y cadencia en el verso encadenado que produjo mi sueño.

Yo no sé qué tienen mis noches, que cuando despierto parece que no he dormido. Me levanto como sonámbula y camino por la casa, y como si no supiera en dónde estoy, voy abriendo cada puerta y encendiendo la luz para ver si dentro de cada habitación hay un reloj que señale la hora, una hora diferente en cada puerta que abro... como que tardo casi un día completo en pasar de un cuarto a otro cuarto... y la pesadilla no termina, como que casi no he dormido.

Vuelvo a la cama y me acuesto nuevamente, para cerrar mis ojos y terminar de soñar, especialmente si lo que he soñado hasta ahora, no ha sido ni bueno ni cierto, ni grato. El mundo se convulsiona y con él nosotros los humanos. Quiero irme muy lejos, más allá del horizonte, quiero llevarte conmigo para que no te quedes sola, porque si no te llevo, nadie estará viajando: ¿quién soy si no soy yo y mi sueño?

"En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía...", más o menos así, empieza el primer capítulo de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha y, juro por mis sueños, que yo también viví por aquel siglo en el hogar



del hidalgo, junto a su ama cuya edad frisaba por los cuarenta años, y su sobrina que no llegaba a veinte, y su mozo de campo y plaza que así ensillaba el rocín, como tomaba la podadera. Dicho esto, en lo que creo con firmeza y verdad, he de decirlo que también conocí a Agripina, la mujer del profesor que fue enviado a Luvina, para enseñar a los niños.

Y, con ella, con Agripina, me fui a buscar un lugar en dónde pasar la noche; mas, solo hallamos un jacalón lleno de rendijas, que alguna vez fue iglesia... y allí nos quedamos a rezar, ella con su niño en brazos... hasta que nos encontró su marido, el profesor y exclamó: "¿Qué país es este, Agripina?"

Ciertamente, este país ha cambiado poco, si a miserias y abismales diferencias sociales y económicas nos referimos. Por eso, de cuando en cuando, me recuerdo de la frase: "En qué país estamos, Agripina".

Otro escritor que también me gusta, aunque no haya sido tan revolucionario como Cervantes o Rulfo, es quien me dejó una herencia invaluable, Alejandro Rossi en algunas de las frases de sus textos, como esa con la que inicia su "Lectura bárbara" en el Manual del distraído: "Leer mal un texto es la cosa más fácil del mundo, la condición indispensable es no ser analfabeta".

Son de mi predilección muchas mujeres escritoras y poetas, desde Safo hasta la gran Rosario Castellanos, imposible nombrarlas de memoria a todas... Y extranjeros como Walt Whitman, o el maestro de la prosa en lengua inglesa, Edgar Allan Poe, para mí el símil de Rulfo en lengua española.

Mis sueños y pesadillas quedan en deuda con muchos escritores y poetas.

LA PESQUISA DESHECHA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Al Cuauh lo conocí en el Hospital Ramón de la Fuente, en la Ciudad de México. Los detalles ya los he contado en alguna otra parte. Ambos fuimos

pacientes psiquiátricos. A mí me dieron de alta antes que a él. Nos despedimos comprometidos para volver a vernos, para un día, tocar juntos. Él daba clases de piano y tocaba el instrumento al nivel intermedio. Deseaba tocar jazz. Había tomado algunos cursos con personalidades conocidas de la Ciudad de México. Yo tocaba la flauta. Nos tomó años cumplir la promesa de ponernos a tocar juntos.

Al principio, luego de nuestra salida del hospital, nos encontrábamos dos veces al año. Yo lo invitaba a desayunar al Vips de la calle de Durango, en la Condesa. Él se desvelaba mucho viendo televisión. Broméabamos diciendo que se quedaba viendo pornografía toda la noche, porque luego batallaba para levantarse y llegaba desvelado a nuestros desayunos de las diez u once de la mañana.

Siempre era la misma historia. Él iba a esperar a que terminara el mundial, o las olimpiadas, o la siguiente Eurocopa o el próximo torneo de no sé qué, en no sé dónde, para ponerse a estudiar piano. Entonces ya podríamos juntarnos a tocar. Hicimos un primer intento hasta a los tres años de habernos conocido. Él simplemente no traía listas, al tempo correcto, las piezas que íbamos a tocar. Pero sí había estado ensayando.

Continuamos desayunando juntos dos veces al año. Hasta que pasaron seis años de habernos conocido. No sé qué lo convenció, pero en enero de 2014 finalmente nos reunimos para tocar jazz, en el departamento de la del Valle, el de los Poetas Torturados. Quizás fue que yo le había prometido que le enseñaría a improvisar. Él era consciente de que llevaba años cursando talleres y aún no sabía cómo improvisar con tres notas. Nos juntamos un sábado. Fuimos a comprar un cartón de cervezas, regresamos al departamento, se sentó al piano, yo ajusté mi flauta transversa y comencé a tocar fragmentos de melodías de dos compases para que él las repitiera idénticas, usando movimien-

tos por grados conjuntos. Notas adyacentes. Al principio, las notas salían. Pero luego de algunas cervezas, los fallos comenzaron. Luego de tres o cuatro birrias, nos dimos por vencidos y prometimos volver a intentarlo la siguiente semana, sin alcohol. Esa sería una promesa que mantendríamos: no volvimos a ensayar, ni a tocar en vivo, bebiendo o habiendo bebido. Lo cumplimos durante los nueve años que estuvimos juntos.

Aquella tarde, nos movimos de la sala a la barra de la cocina y comenzamos a platicar sobre nuestros intereses literarios. Él tenía una idea para guion. Yo le platiqué de mi Memoria y de la novela en la que estaba trabajando. Decidimos que cada sábado, nos reuniríamos a tocar y después de ello, acompañados por unas cervezas, haríamos un taller literario con nuestros escritos. También llegamos a realizar lecturas en voz alta de cuentos pertenecientes al canon literario latinoamericano, leíamos también poesía, analizamos partituras clásicas y grabaciones de jazz; me apoyó en algunos proyectos de micro documentales y fotográficos. En fin, hubo un sinnúmero de actividades que realizamos en los nueve años que duró nuestro taller semanal. El Miss llegó y se fue. Jean Ville llegó y se quedó hasta que pudo. El Cuauh permaneció también hasta que pudo. Parece que nada es eterno en este Mundo.

Las tocadas arrancaban a la una de la tarde, el taller literario lo iniciábamos a las tres, cerca de las cinco comíamos y luego continuábamos con tremendas parrandas hasta las doce de la noche. Borracheras insólitas: comíamos y bebíamos más allá de la saciedad. Noches de risas que salían a borbotones hasta doblarnos, séquito inconcluso para nuevas formas de reír. Hubo bromas que salieron por las ventanas del departamento para irse a recorrer la ciudad con sus pasos pesados.

Mi Cuauh: mi amigo, mi compañero de tantas variadas batallas en la Ciudad de México, una década de compartir sueños, triunfos y derrotas. Supiste disfrutar de todo lo que la vida te puso enfrente, hasta saciarte. Llevaste prisa en tu caminar lento, pasión y fe en la música que tocaste, y corazón cuando lo hiciste en público. Fuiste ejemplo de temple en tantas cosas: del irse para ganar la guerra cuando se ha perdido toda la batalla. Dejas una obra pequeña por su extensión, pero que será reconocida justamente en su momento un día. Tu libro de poemas "La muerte no sabe deambular por la ciudad", es inmensa. Tu colaboración a nuestro disco "QIV", es magnánime.

Mi Cuauh, fuiste hecho para permanecer en la memoria mundial, tu música y tu poesía se quedan para alimentar el corazón de muchos. Ya hablamos de ello un día.



Pietro Metastasio

Didone Abbandonata, L'Olimpiade, Alessandro nelle Indie, Catone in Utica, Siroe re di Persia, Artaserse, Adriano in Siria... son algunos de los títulos de las óperas que por casi un siglo dominaron los teatros de toda Europa. Son títulos que hoy no nos dicen nada, que no identificamos con ningún compositor específico, más allá de un Vivaldi o de un Pergolesi. Pero en su época, entre 1730 y 1800, fueron los reyes de la ópera europea: los compositores de toda Europa se peleaban entre ellos para poner estos libretos en música, los empresarios de los teatros hacían todo lo posible para aprovecharlos en sus estrenos. Un dato lo dice todo: muchos de esos libretos fueron puestos en música sesenta o inclusive ochenta veces por compositores diferentes.

Gracias a la Academia dell'Arcadia, Metastasio pudo contar con un apoyo de gran prestigio: compositores como Scarlatti, Leo, Pergolesi, Hasse y Vivaldi lo eligieron para sus nuevas óperas, y así comenzó a circular por toda Italia y, obviamente, por Europa. En 1729 Metastasio recibe una invitación oficial por parte de la corte imperial de Viena para ocupar el puesto que había sido de Apostolo Zeno y ser así el nuevo Poeta de Corte. Era la gran ocasión que estaba esperando: en Viena Metastasio vivió como rey, sembrando éxitos y triunfos hasta su muerte en 1782.

Para entender tanto éxito de este libretista, figura que hoy nosotros consideramos inferior a la del compositor, hay que mirar al mundo de la ópera de esos años. En la ópera del siglo XVIII quien dominaba, obviamente después de los cantantes, era el libretista: su sueldo era más alto que el de cualquier compositor, su nombre era el primero que aparecía en los anuncios de las nuevas óperas, y era el primero en llevarse los aplausos. El compositor era visto como un artesano cuyo deber era el de "limitarse" a poner en música un texto ya dispuesto. Dicho en otras palabras, en una hipotética pirámide operística el vértice era el cantante, con sus excesos y caprichos; seguía el libretista, cuya labor consistía en preparar un texto que el pobre compositor, el último de la lista, tenía que poner en música, casi siempre aplastado por las exigencias musicales del castrato del momento. Desde su segunda posición, Metastasio logró revolucionar la ópera estructurando todos sus libretos de la misma forma, en tres actos y con una rígida, casi geométrica, alternancia entre recitativo, el momento más dinámico donde la historia se desarrolla, y el aria, momento estático de reflexión donde el cantante podía expresar todas sus habilidades vocales.

Pero obviamente había mucho más en los libretos de Metastasio: antes que nada, una ambientación exótica o por lo menos lejana en el tiempo y en el espacio, como podían ser las historias griegas y romanas, perfectas para poder encantar e impresionar al público con escenas mágicas y, al mismo tiempo, ofrecer historias moralmente ejemplares; en segundo lugar, personajes sólidos cuya expresión dramática era extraordinariamente clara, inmediata, que los hacía fácilmente distinguibles entre ellos y, last but not least, la elegancia o incluso, como dirían algunos, la perfección del idioma, ideal para la música gracias a su atenta distribución de las vocales y de las consonantes y a la perfecta organización de los versos.

Con sus libretos Metastasio cambió definitivamente la ópera logrando imponer un modelo elegante para la crítica, claro para el público, eficaz para los compositores y funcional a las exigencias vocales de los cantantes. Su revolución duró más de un siglo, sus libretos fueron puestos en música incluso en los años treinta del siglo XIX, logrando sobrevivir a la revolución rousseauiana.

ad pèdem literae

El fanatismo es a la religión lo que la hipocresía es a la virtud

Charles Palissot de Montenoy

Letras de buen humor

El verdadero amor es como los espiritus: todos hablan de ellos, pero pocos los han visto

François de La Rochefoucauld

Elmer Mendoza

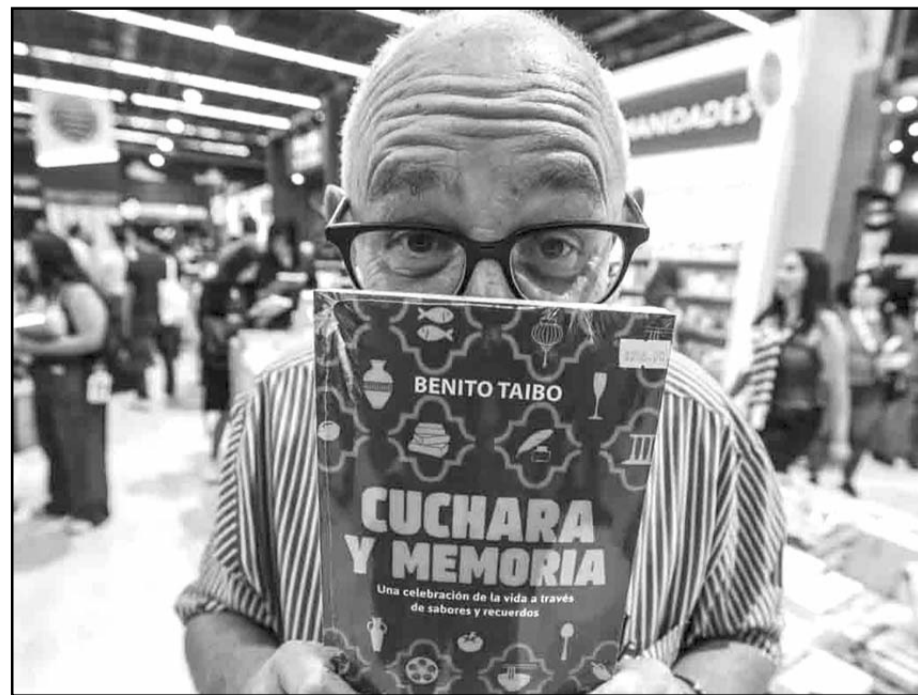
Cuchara y memoria de Benito Taibo

Cuchara y memoria es un libro absolutamente provocador. Cada mañana, Leonor y yo desayunamos y después de leer algunas páginas, no sabemos si servirnos de nuevo, cocinar todo el día o llamar al autor y decirle lo grandioso que tuviera la mamá que le tocó, una señora famosa por su don de gentes y porque en su mesa podía comer quien apareciera por casa de los Taibo a la hora señalada. Luis Buñuel, Joan Manuel Serrat y Paco Haghenbeck no me dejarán mentir. Menos en este momento que escribo a orillas del Mediterráneo después de que Leonor me llevó a la Barceloneta y bueno; por supuesto, me refiero a Cuchara y memoria, tomo I, de Benito Taibo, publicado por Planeta en noviembre de 2024 en la CDMX. Benito es uno de los autores más queridos en México. Incontables personas leen sus libros y buscan su firma. En la reciente FIL Coyoacán vimos una fila de unas 150 lectoras y lectores avanzando pacientemente para lograr la marca del autor.

En este volumen, Benito comparte su pasión por la comida desde la A a la K, con un entremés. Deja claro que la gusta cocinar y que cocinar es un arte.

Sabemos que hasta el más escéptico reconoce que hay platillos que producen emociones ilimitadas y recuerdos que Ratatouille puso en claro. También distingue la increíble personalidad de su padre, Paco Ignacio Taibo I, y su virtud de poner a la familia ante extraños platillos pero deliciosos. Si alguien aún no conoce este libro, les cuento. En la A, nos cuenta del ajo, del arroz y de un par de cosas que a usted le conciernen. Una de ellas tiene infinidad de novelas y canciones. Lo que dice del ajo es sorprendente. Es más que la sopa de ajo o un complemento para la buena salud. El libro está lleno de poesía y en este caso el que pone los versos es nada menos que Pablo Neruda. En cuanto al arroz, hay cosas por saber; recetas factibles, por ejemplo, entre ellas la de Sor Juana, que sabía mucho del arte de mover la cuchara y del uso del molcajete.

Benito Taibo no dejó fuera al bacalao. Ana, nuestra nuera portuguesa, siempre cocina una de las mil recetas para nosotros y es suficiente para convertir la reunión en algo inolvidable. Taibo agrega recetas, empezando por las de su mamá. Y bueno, aquí suena la voz de Fernando



Pessoa, que amaba comer y beber café. Habla del betabel y la berenjena. Del ceviche peruano, del nayarita que lleva zanahoria y se puede comer en Mazatlán. Del aguachile, que inventó un culichi y es especial para cerrar las noches que terminan de día. Nos cuenta de la ensalada César y del señor Cardini, su inventor. También del tiempo en que las cantinas ofrecían botanas a mediodía, tan especiales, que eran pocos los que no volvían al día siguiente. El autor no puede evitar darnos una clase sobre los chiles. Lo cual está muy bien porque es parte de nuestra identidad nacional. La parte de la cocina

china les va a encantar, sobre todo la anécdota neoyorquina que nos cuenta. Nos enteramos de que Da Vinci no solo inventó la servilleta, sino unas estrictas reglas de etiqueta. En fin, Cuchara y memoria es un libro que demuestra que comer es parte de la cultura. Cada platillo y sus componentes tienen su historia. Saber eso lleva a comprender palabras como sabroso, sabrosura y el universo al que se aplican. Comamos para ser felices, que lo demás llega como un rico aderezo de cilantro. Amigos, dicen que el suchi de Culiacán es el mejor de México, ¿Por qué no vienen a probarlo? Buen provecho.